

Una sombra al atardecer

Siempre lo veía... Absolutamente siempre.

Su sombrero de corta ala marrón, su porte importante, sus ojos perdidos en la nada hasta que el hilo de su mirada chocaba con el balanceo de la mía y me otorgaba el clásico asentimiento de cabeza y sombrero(un saludo casi cómico proviniendo de un completo desconocido) al que yo contestaba con un lacónico hola.

Todos los atardeceres.

Cuando todo era un naranja y las sombras empezaban a bajar de las copas de los árboles para comenzar su fiesta nocturna, y las palomas se acurrucaban en los aleros de los edificios, el desconocido pasaba por el otro lado de la calle, con su paso entre huidizo y galante.

Yo, sentado, un vaso con agua fría apoyado en mi muslo desnudo, saboreando ese momento después de una jornada agotadora de trabajo, a veces con el milagroso soplo del viento dándome en la cara; disfrutaba de ese instante desde que había comprado la vieja casa, con su jardín repleto de rosas y nomeolvides, hacía ya tres años.

¿Por qué lo disfrutaba?

Más allá del contacto frío y placentero de las perlas de agua humedeciendo la piel de mi pierna, estaba el aire misterioso de mi hosco vecino.

No conté una sola tarde en la que no lo hubiera visto pasar, invariablemente con su traje marrón de oficina, su corbata gris perla y su sombrero de corta ala marrón.

Siempre.

Bajo el abrasador sol de verano que parecía pegarle cachetadas de calor sofocante.

En el frío invierno, donde el aliento se congelaba aún dentro de tu boca.

Y, por supuesto, dentro de la más torrencial de las lluvias como lo vi aquel día, aquel inolvidable seis de enero.

Quizás, sin darme cuenta, me fui encerrando en ese extraño ritual de los atardeceres, siendo hasta cómplice del desconocido de la acera de enfrente, siempre esperándolo bajo el protector alero de mi techo, como la gente pueblerina que agita los brazos ni bien ve acercarse el tren de las cinco en punto.

Me fui acostumbrando a su presencia, sintiéndome incómodo si algún día me perdía su caminar, como si necesitara verlo, con su semblante pálido y cansado, para saber que el mundo seguía su curso normal e insano.

Incluso el día en que se casó la mayor de mis hijas (viernes, por supuesto, el hombre jamás pasaba sábados o domingos) yo estuve ahí sentado, apretando el vaso de lata con fuerza, sabiendo que mi cita con la ducha se retrasaría de todos modos.

Y pasó.

Y yo dije “hola”, como lo había dicho infinitas veces, sin agregar nada más, como si en vez de saludar una persona volviendo del trabajo estuviera saludando al viento.

Y él fiel a su costumbre, asintió con la cabeza.

E inmediatamente me fui a duchar, ya más tranquilo, para llegar a tiempo a la boda.

¿Describirlo?

No sería tarea fácil.

Jamás lo vi en la panadería, nunca jugamos ajedrez en la plaza del pueblo, su esposa tampoco se encontró con la mía, sus hijos no eran compañeros de colegio de los míos.

Era el rostro de nadie, y de todos a la vez.

Era el rostro de la masa, de la cola de un banco, de las butacas de un teatro, un rostro más en un mar de mil rostros.

Ninguna cicatriz, ningún lunar.

Ni siquiera una nariz grande, o algo por el estilo.

Era una sombra al atardecer más, hasta aquel revelador seis de enero.

Aquel día el cielo era una masa negra enfurecida, un enjambre de nubes africanas, con el aspecto de odiar todo lo que yacía bajo ellas. No era una simple lluvia. Las nubes no lloraban lastimosamente como lo hacen siempre. El cielo *vomitaba* agua.

El viento soplaba vehemente, como si fuera un trompetista frustrado salido directamente de la boca del infierno, revolviendo los árboles como si agitaran con brazos invisibles a una persona profundamente dormida.

Aún así me senté bajo la protección del alero.

El viento me despeinaba el cabello, y el agua salpicaba mis pies, parecía que el mundo se venía abajo, pero yo no podía evitar estar ahí, como si se tratara de una tradición religiosa de épocas arcanas.

Y entonces, simplemente pasó bajo la tormenta; el mismo andar misterioso que tanto me atraía, el mismo porte galante bajo la torrencial lluvia.

-Hola –dije, y moví la mano por si el estruendo de los truenos no lo dejaba oírme.

En ese instante, una mano se posó pétrea en mi hombro, haciéndome sobresaltar como si en lugar de estar en mi casa me encontrase durmiendo en el cementerio.

Esperé encontrarme ese rostro delgado y macilento semioculto bajo el sombrero, detrás de mí, no pregunten por qué, pero eso aguardé, y me estremecí como un cachorro abandonado bajo la lluvia. Ahora, desde donde estoy cumpliendo esta condena, creo que en realidad eso era.

Pero no, allí estaba el rostro cálido y radiante de mi esposa(oh, como la amaba), un sol entre tantas nubes, y vi en su mirada desconcierto y suspicacia.

-¿A quién saludas?– Preguntó.

Jamás, en tres años, le había contado nada.

¿Era mi deber, acaso?

El rito era tan mío como de él y nunca le dimos cabida a nadie más.

-A nadie- mentí.

Pero en lo más profundo de la mentira había una verdad, un diamante dentro de un negro carbón, y volví a estremecerme.

-Nadie... - repetí, pero mi mujer ya estaba dentro de la casa y las sombras ganaban las calles.

Mi espalda crujió cuando me enderecé al levantarme, y al apartar la silla de mimbre un pensamiento vino a mí como una golondrina extraviada en la noche.

“Su sombrero”

No se movía.

El viento arrancaba hojas de los árboles como recolectando cosecha y su sombrero no se movía un ápice.

Y ni siquiera parecía mojado.

Ni siquiera parecía...

Aleje esos pensamientos como pude, y entre a dormir.

Esa noche soñé con el visitante.

Soñé que lo alcanzaba, y cuando lo obligaba a verme, su cara era la mía. No me desperté gritando, ni tampoco sudé como suelo hacer cuando tengo un mal sueño.

Creo que lloré, por lo que me dijeron silenciosamente las humedades de mi almohada.

Me decidí. Iba a hablar con él. Quería conocerlo.

Esa tarde, ese fatídico siete de enero, el sol parecía querer salir del manto de pardas nubes, un bebé ardiente queriendo nacer.

La tierra húmeda me llenaba de amor hacia mi jardín; creo que es el mejor recuerdo que tengo de la libertad: olor a tierra húmeda después de una buena lluvia.

Lo vi doblar la esquina, su cara semioculta por su inamovible sombrero. No lo dudé.

Como un desquiciado, crucé la calle al trote y lo tomé por el brazo.

Y allí vi su verdadero rostro.

A pesar de su caminar galante y su porte atlético la cara que me deslumbró fue la de un anciano, más que viejo, una calavera atemporal con ojos y piel pegada de color pergamino.

Sentí como si hubiera tocado un transmisor de alto voltaje, como si en mi interior la sangre hirviera de calor.

Y vi un templo, con los ojos de mi mente.

Juro que lo vi.

En mis oídos escuché las tétricas campanadas de ese templo, que se me antojo oscuro, tenebroso y horrendamente lejano.

Y el anciano me miró y sonrió.

Yo aún lo sostenía con mi mano, aunque ahora pienso que él me sostenía a mí.

Y lo vi desnudo. Y el viejo volvió a sonreír.

-Imbécil de mierda – dijo.

Y yo, aún quieto, vi que llevaba puesto el traje marrón del viejo. Con su sombrero y su corbata gris, por supuesto.

Y empecé a caminar, viendo alejarse al anciano desnudo, aún riéndose.

Dijo algo más:

- Mi condena ahora es tu condena.

Así que eso soy ahora, simplemente una sombra al atardecer.

He visto llorar a mi esposa, he visto como conocía otro hombre, he visto morir ya cinco generaciones de mi familia.

Y todo solo asomando la mirada bajo el ala del sombrero marrón, esperando que nazca el imbécil de mierda que habrá de suplantarme...